Todos los besos que no di

CUENTO SÁFICO DE NAVIDAD

A. M. Irún

Todos los besos que no di

TODOS LOS BESOS QUE NO DI

Cuento sáfico de Navidad

de A. M. Irún

© A. M. Irún, 2021
www.nicoporfavor.com

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798483797159

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

Si quieres recopilar la obra o adaptarla a otros formatos, ponte en contacto con la autora en hola@nicoporfavor.com

No hay pesar que pueda enmendar ni una sola de las oportunidades que desaprovechamos en la vida.

CUENTO DE Navidad

Charles Dickens

Capítulo 1

Por encima del murmullo de la oficina, con más decibelios de lo habitual, y el ring-ring de los teléfonos que a nadie le apetece atender, Aurora puede escuchar con claridad el tintineo de unos cascabeles acercándose a su posición. Pese a que tiene la puerta de su despacho cerrada, las risas de sus compañeros se cuelan por debajo de la puerta.

Los cascabeles se hacen cada vez más nítidos hasta que unos nudillos golpean el cristal de su pecera. Sin esperar a su permiso, José Antonio entra luciendo su histriónica sonrisa, a juego con su jersey.

Aurora levanta la vista un segundo. Aquella prenda llena de renos de nariz roja, cajitas de regalo con lacitos y ruidosos cascabeles coronada por la pomposa figura de un Santa Claus con la cara deformada por el punto de calceta ha ganado el concurso de la empresa al jersey más original. En realidad, José Antonio ha sido el único capaz de rebajar su dignidad a la altura de sus zapatos para ganar el dichoso concurso. Votar su modelito cada víspera de Navidad es ya una tradición que nadie quiere romper.

Aurora le alarga el cheque regalo deseosa de quitar de su vista semejante engendro.

—Úsalo sabiamente —le dice.

José Antonio lo coge y sale de la oficina campanilleante, pero al querer cruzar la puerta, choca con Susana y los cascabeles se detienen un momento. Ambos están unos segundos cediéndose el paso bajo el umbral hasta que la mujer le agarra por los hombros y le obliga a apartarse.

Susana cierra la puerta y el despacho de Aurora vuelve a convertirse en un paréntesis del ambiente navideño de la oficina.

—La nueva habla una barbaridad. He estado cinco minutos en el *office* y ya sé que tiene novio, cuál es su pueblo, cómo se va a llamar el perro que van a adoptar y qué le va a regalar por Reyes. ¡Luego dirán que somos los gays los que acaparamos la atención!

El despacho de Aurora también es un paréntesis para Susana que, al contrario que Aurora, debe trabajar codo a codo con muchos de sus compañeros.

—¿Qué vas a hacer en Navidad? —pregunta Susana, pero antes de que Aurora pueda responderle, la detiene alzando su índice—. ¡Respóndeme antes a otra cosa! ¿Hay bonus este año? ¿Lo has pagado ya? ¿Y aguinald0?

—Sí a todo —Aurora señala con el pulgar a su espalda. En un rincón están apiladas las cajas del aguinaldo—. Ahora iba a mandar el email para que fuerais pasando a recogerlas.

—Hubiera sido un detalle que nos las hubiera dado el jefe.

—El jefe debe estar ya por alguna pista de Vallnord.

—Mamón —Susana aparta unas carpetas y se sienta en la mesa de su amiga—. Dime, ¿qué vas a hacer en Navidad?

—Lo de siempre: pavo relleno, caviar carísimo, regalos opulentos, comentarios dañinos…

—Bueno, ya será menos.

—Mi madre me ha mandado un mensaje ultra específico de qué deberíamos regalarle a mi padre por Navidad. Llevo preguntándole desde el mes pasado y me daba largas, me decía que fuéramos originales, auténticas, que viniendo de nosotras, le gustaría cualquier cosa. Y ahora tengo que encontrar un palo de golf, un… —los ojos de Aurora planean en la pantalla de su móvil—, un *driver* Honma T World XP-1 de grafito regular que cuesta más de trescientos pavos y que no creo que encuentre en El Corte Inglés de enfrente.

—Yo a mi padre le he comprado un cuchillo jamonero y un afilador para que parta la paletilla que le regalará mi hermano. Nos hemos compinchado.

—¡Qué suerte! Mi hermana ha dicho que tiene mucho lío y que no va a poder. Y como ella ya tiene el pack de marido e hijo no es una decepción para mis padres y se puede permitir el lujo de hacer estos desaires.

—Ya puede estar bueno el caviar para aguantar toda esa mierda —quiere consolarla Susana.

—Soy alérgica. Otra decepción para mamá.

Susana le acaricia la barbilla.

—Ana y yo daremos una fiesta en casa para Nochevieja, aprovechando que para Reyes ya nos habremos mudado y las denuncias por exceso de ruido de los vecinos caerán en saco roto. Estás super invitada. Lo sabes, ¿verdad?

—Gracias, Susi. Lo sé.

—Y ahora… —dice la mujer dando un salto y tendiéndole la mano—, te invito a comer. He quedado con una amiga.

—¡Qué va! No puedo. Tengo que ir al banco porque me han cobrado una comisión de no sé qué. Me iba a pillar un sándwich a la vuelta. Pero te acompaño abajo.

Las dos mujeres cogen el bolso y se abrigan para salir del edificio. Aunque el sol entra a raudales por las paredes de cristal, también se puede escuchar el viento frío arañándolos. Conforme descienden por las escaleras mecánicas, la temperatura cae.

En la puerta del edificio, la amiga de Susana ya está esperando. Bajo el gorro de lana rojo, a juego con sus medias, se adivina una melena oscura. Las chicas se acercan a ella y Susana las presenta.

—Érica, Aurora —dice—. Érica trabaja en una consultora y quiere ser madre antes de que se le pase el arroz. Aurora es la de Recursos Humanos de mi empresa y pese a ello aún no ha perdido la fe en la humanidad.

—Bueno, sólo los lunes —dice Aurora.

Érica y Aurora se dan dos besos. La chica debe llevar un rato esperando fuera porque tiene las mejillas frescas. A Aurora le hace gracia cómo a Érica se le estrecha el rostro tras las lentes de las gafas, también rojas.

—Tenía muchas ganas de ponerte cara, Aurora. Susi me ha hablado mucho de ti —confiesa Érica.

—¿Ah, sí? —Aurora se pone un poco nerviosa—. ¿Y qué es lo que te ha contado?

—Bueno, eso es *top secret* —zanja Susana.

—¿*Top secret*? Seguro que cosas malas.

—Todo lo contrario… —deja caer Érica.

La chica mira de manera directa a Aurora, con sus ojos traviesos detrás de las gafas. Se muestra segura y atenta y Aurora comienza a dudar. Piensa que si es lesbiana, como Susana, igual la mira tanto porque le gusta. Pero a la vez lo descarta ya que ella es incapaz de mirar a alguien cuando siente atracción. Todo lo contrario: huye la mirada, evita dirigirle la palabra por miedo a cagarla, la ignora.

Así de bien le ha ido en la vida.

—Bueno, ¿vienes a comer con nosotras? —pregunta Susana a Aurora.

—No, ya te he comentado que tengo que ir al banco.

—Bueno, si acabas pronto te vienes —insiste Érica—. Susi te mandará la ubicación cuando decidamos dónde ir.

—¿Acabar pronto en un banco? No lo creo —responde Aurora

esquivando los ojos de Érica, esos ojos que no dejan de seguirla sobre esa boca que no para de sonreír.

Como no puede aguantarle la mirada, Aurora le mira el pelo negro que le cae por los hombros, la barbilla, redondita y un poco prominente, el vello que se le riza bajo la patilla de la gafa.

—¿Qué me dices, Aurora? —le pregunta su amiga.

—Perdona, ¿qué?

—Que si te mando la ubicación y te da tiempo te vienes a comer.

—Sí, claro, claro.

—Venga, Susi, vámonos, que Aurora está tiritando de frío.

Sí, de frío…

Érica le toca el brazo y Aurora deja de tiritar al instante. O quizá tirita tanto que ya parece una línea continua y estable.

—¡Te esperamos! —dice cuando ella y Susana se van a buscar un restaurante.

Aurora se queda unos segundos aturdida en la puerta del edificio, como si la hubiera atravesado un rayo. O peor: un recuerdo fugaz. El humo de un cigarro la espabila y la nicotina en el aire adormece el recuerdo una vez más.

Contaba con la excusa perfecta para no volver a ver a esa chica: la cola en el banco, la espera, la burocracia… Seguro que no le da tiempo a ir a comer con ellas.

En su camino, los semáforos se ponen en verde, los ciclistas le ceden el paso, la corriente de la calle va a su favor y parece que el hielo de la acera la empuja grácilmente por la superficie, avivando su paso, pero sin correr riesgos. Todos estos elementos confabulando la llevan en apenas dos minutos a la puerta de la sucursal.

Afortunadamente para ella, hay personas en todas las ventanillas y mesas.

Bien, le toca esperar.

Se acomoda en un sillón y saca el móvil para bichear un rato sus redes sociales.

—¡Aurora, qué sorpresa!

Aurora levanta la cabeza y se encuentra al director de la sucursal con una amable sonrisa.

—Pasa, pasa —la invita a su despacho.

—No sé si… Es una tontería.

—Anda, mujer, entra.

El hombre se sienta con esfuerzo en su silla. La familiaridad con la que la trata no es precisamente por su saldo en el banco, sino por su apellido.

—¿Qué tal tu padre? Leí en el periódico que le habían dado un premio.

Aurora se desinfla.

—Sí, bueno, ya sabes, se premian unos a otros.

El comentario provoca la risa al hombre, aunque no fuera esa la intención de Aurora.

Le explica el motivo de su visita, excusándose por adelantado porque comprende que pueda necesitar papeles que ahora no tiene a mano.

—Nada de eso —responde el hombre—. Vamos a ver…

El director mira la pantalla unos segundos, hace un par de clics y luego golpea con brío la tecla enter de su teclado. En ese instante, Aurora nota vibrar su móvil. Es la notificación de un reintegro en su cuenta corriente.

—Ya está —dice el hombre con una sonrisa ufana.

—Vaya… Gracias.

—Que paséis buenos días. Y dale recuerdos a tu padre —dice el hombre tendiéndole su tarjeta de visita.

Vale. La excusa de la burocracia en el banco se le ha caído, pero Susana no tiene por qué saberlo. Dará una vuelta por el centro comercial y hará tiempo hasta que su amiga vuelva del restaurante.

Tan feliz iba pensando en su coartada y mirando escaparates de manera distraída que no advierte que uno de esos escaparates no vende ropa sino comida y que no tiene maniquís sino personas de carne y hueso. Personas que ella conoce. Érica la advierte a través del ventanal y la saluda con alegría. Susana la invita a entrar al local con un gesto de la mano. Aurora quiere que una volada de aire se la lleve lejos.

❆

Cuando Aurora entra en el local, un aire frío recorre el suelo y enfría los tobillos de los comensales. Aurora se se disculpa con la mano mientras se dirige a la mesa de Susana y Érica.

—Has llegado justo a tiempo: nos acaban de dar la carta —dice su

amiga.

Apenas la deja pensar. Susana le mueve la silla que tiene a su izquierda para que se siente en ella y le ofrece su carta explicándole que ella ya ha decidido. Aurora mete las narices en el menú para evitar la mirada de Érica, a la que tiene enfrente.

En un par de ocasiones se atreve a mirarla por encima de la carta. La chica sigue concentrada en la lectura. Se pellizca los labios, y los ojos, esos ojos empequeñecidos por la lente, zigzaguean por el papel.

—Pues creo que me voy a pedir las chuletitas de cordero en salsa de miel y mostaza con verduritas.

Alertada por el diminutivo, Aurora busca en el menú si es realmente así como se llama el plato o es Érica la que lo empequeñece todo.

—Cuanto más usan el diminutivo más caro es el plato. Esto es así —dice Susana.

Es real. La carta está salpicada de chuletitas, gulitas, pimientitos del piquillo y alguna tortilla también.

—Curioso —reflexiona Aurora en voz alta.

—¿El qué es curioso? —quiere saber Érica.

Aurora se asusta. No pensaba que se hubiera expresado en voz alta. Se hace pequeñita tras la mesita y quiere que la trague la tierrita.

—Quiero decir… Lo de los diminutivos y cómo algunos se convierten en palabras con entidad propia.

—¿Palabras con entidad propia? Aurora, que eres de Recursos Humanos, no de la RAE —dice Susana.

—Ya... Es una tontería.

Llega la camarera y les toma nota.

—En realidad, no es tan tontería —dice Érica—. ¿Cuándo una palabra en diminutivo pasa a tener identidad propia, como tú dices?

—A ver, a ver, no os pongáis en modo intelectuales.

—¿Intelectuales? Estoy segura de que no eres capaz de sacar más de diez palabras diminutivas con significado propio —la reta Érica.

Susana se recoloca en su asiento. Se le nota atraída por el reto.

—¿Diez? ¡Claro! Cucharilla —dice señalando la que tiene delante.

—Esa era fácil.

Aurora sonríe divertida, lo que anima a Érica que, de nuevo, comienza a mirarla de manera abierta.

—A mí me salen unas cuantas ya, Susi —se atreve a decir Aurora.

—Calla, que me desconcentras.

Cuando les llevan los platos, Susana ya tiene 5: cucharilla, mesilla, zapatilla, mantilla y calderilla.

—¡Tortilla! —dice con la boca llena, blandiendo su tenedor.

—Me lo dices o me lo cuentas —responde Érica.

Ambas se ríen. Aurora también pero algo más tarde y de manera más discreta.

—Igual deberías probar con otros sufijos —le sugiere a su amiga.

Las cejas de Susana se juntan encima de la nariz. Érica y Aurora pueden darla por perdida.

—Así que eres la de Recursos Humanos de la empresa de Susana —dice Érica.

—Una de ellas, sí. ¿A qué te dedicas tú?

Érica toma aire con la boca estrecha, como si esa pregunta le hubiera escocido en algún lado.

—Soy *Financial Advisor* en Nilsson&Nilsson, pero tengo un fondo propio.

Nada más decirlo, se arrepiente.

—¿Qué, qué pasa? —pregunta Aurora al verla un tanto compungida.

—Es la primera vez que lo digo en voz alta. Es decir, no estoy haciendo nada malo. Mi idea es hacerlo crecer y poder dejar el sitio en el que estoy, pero al decirlo en voz alta es como que... No sé… Aún sigo pensando que me queda grande.

—Yo sé poco de fondos. Mi padre sabe más, pero yo siempre he huido de eso, la verdad. Así que no sé decirte si te queda grande o no.

—Carrito —dice Susana señalando a un hombre que entra al local empujando un coche de bebé.

—Muy buena esa —admite Érica y volviéndose a Aurora sigue—: Tampoco es que lo lleve yo sola. Tengo un socio en Tokyo. Él opera a unas horas y yo a otras, así tenemos todo el día cubierto ante imprevistos y ante posibles oportunidades, claro.

—Bien pensado.

—¿Cuántas llevo?

—Siete—responden al unísono Aurora y Érica.

Susana las mira con cara de fastidio y sigue oteando el local en busca de inspiración.

—¿Eres de aquí? —pregunta Érica.

—¿Cómo?

—Perdón. Quería preguntar que si por Navidades estás por aquí o te vas a algún pueblo o ciudad con tu familia.

—Ahm. Pues soy de aquí, pero mis padres se han empeñado en mudarse a la sierra y pasaré la Nochebuena ahí arriba.

Las dos miran instintivamente a través de la ventana en busca de las montañas nevadas, pero sólo ven los rascacielos de la *city*.

—Desde mi despacho se ven.

—Desde mi mesa sólo veo los aparatos del aire acondicionado de El Corte Inglés.

Aurora salta de su silla.

—¿Qué pasa?

—¡El palo de golf de mi padre! ¡Tengo que comprarlo! —exclama mientras se levantaba de la mesa.

—Bocadillo, bordillo y banderilla. Tres más y van nueve.

Susana se da cuenta de la figura erguida de su amiga y la mira con confusión.

—El palo de golf… Tengo que irme. Luego te hago un *bizum*. Encantada, un placer. ¡Felices fiestas!

Y Aurora sale del local tal y como ha llegado: dejando helados los tobillos de los comensales y a Érica con una sonrisa en los labios.

—Maquinilla. ¡Boom! Ahí tienes tus diez palabras diminutivas con significado propio —dice Susana henchida de orgullo a una Érica que mira cómo Aurora se aleja calle abajo.

❄

Donde antes estaban los aguinaldos ahora descansa el nuevo *drive* del padre de Aurora. Ha llamado a varias tiendas especializadas, se ha empapado de toda la jerga golfista y se ha cruzado media ciudad para encontrar el dichoso palito, pero por fin ha dado con él.

—Hey, pequeña, ¿te acerco a casa con todo eso? —pregunta Susana desde la puerta.

Aurora echa un vistazo a la esquina: el aguinaldo y los palos de golf pesan lo suyo así que acepta su ofrecimiento.

La luces de colores alumbran la ciudad. Es imposible ser un *grinch* recorriendo esas calles, aunque sea en un coche que no pasa de segunda por estar metido en un atasco. Hasta las bocinas parecen sonar a melodiosos villancicos.

—¡Qué ganas de llegar a casa y no volver a la *city* hasta después de Reyes? —comenta Susana en un suspiro. Desembraga, mete primera, acelera, avanza unos metros frena, desembraga—. ¿Tú no te has pillado ningún día por Navidad?

—Del 2 al 5 —responde Aurora—, pero no haré nada especial.

—Me abrumas con tu trepidante vida social. Si quieres puedes ayudarnos con la mudanza.

—Ni lo sueñes.

No es que Aurora odie la Navidad. Simplemente no la vive como los demás. No tiene un hogar cálido lleno de tiernos recuerdos de infancia. Desde pequeña la llevaron a un internado, diferente al de su hermana, y esos días los pasaba allí mientras sus padres hacían cócteles solidarios por alguna causa peregrina con la alta sociedad.

Para Aurora los días de Navidad son una oportunidad para ver películas románticas navideñas mientras come *noodles* en pijama. Puede que no sea el plan más apasionante, pero a ella le gusta y, llegada a cierta edad, le cuesta hacer algo diferente.

—Pero a la fiesta de Nochevieja vendrás, ¿verdad?

Aurora asiente con un murmullo. No va a ir, pero ya le dará alguna excusa a Susi cuando llegue momento. No le gustan las fiestas. Teme quedarse sola en un rincón y, a la vez, que se le acerque alguien a hablar.

—No es una fiesta de etiqueta. De hecho, iremos disfrazados.

—¿Disfrazados? ¿De qué?

—De cosas navideñas, pero no es requisito imprescindible. Puedes venir en pijama, si quieres.

—No me lo digas dos veces…

Han dejado atrás el atasco de la arteria principal de la ciudad y ya callejean por las calles cercanas al barrio de Aurora.

—Esa Érica… ¿irá?

—Seguramente. ¿Te ha caído mal?

—No… —responde Aurora sin apartar la vista de la calle—. ¿También es…?

—¿Lesbiana? Sí, bastante.

—¿Y tú y ella…?

—¡Qué va! La conozco desde hace mucho. Sería como salir con mi prima. Es maja, de verdad. Lo que pasa es que está en una etapa complicada con esto de la maternidad, las clínicas de fertilidad y todo eso.

—Ya imagino —dice Aurora. A ella aún le queda lejos lo de la maternidad. Acabará siendo la tía guay de los hijos de Susana y Ana. Y ni siquiera es tan guay como para ser la tía guay.

—¿Te ha caído bien? A veces puede resultar un poco… intensa.

—Es maja. Muy atenta —Aurora enmudece un par de minutos, con la mirada puesta en la nieve acumulada en las aceras que ondea a la velocidad del coche—. Tú y Ana os mudáis, Érica planea su maternidad, mi hermana ya tiene al suyo… Siento que me quedo atrás con respecto a la gente de mi edad.

La confesión no pilla por sorpresa a Susana, pero tampoco sabe qué decir.

—Cada persona tiene su propio tiempo. No te apures. Las cosas pasan cuando tienen que pasar —le dice mientras le acaricia la rodilla.

Pero Aurora intuye que no, que su tiempo ya ha pasado, que su soledad es impuesta por la costumbre, y más que disfrutarla, la soporta.

—Es aquí, ¿verdad? —pregunta Susana al entrar en una calle.

—Sí, segundo portal a la derecha. Con que me ayudes a dejar las cosas en el ascensor, me puedo apañar con el resto.

Aurora respira aliviada al llegar a casa.

Pijama, zapatillas, fideos instantáneos y “Love Actually”.

Necesita coger fuerzas para la Nochebuena con su familia.

Capítulo 2

En la sierra brilla el sol que en la ciudad queda tapado por los rascacielos. Casi hace calor. El asfalto cruje bajo los neumáticos del coche y la nieve se derrite en los laterales de la carretera. Aún se ven las huellas de los renos atravesando la calzada. De pequeña pensaba que por ahí pasaba el trineo de Papá Noel.

—Nada de eso, Aurora —le decía su padre mirándola por el espejo retrovisor camino a su casa de invierno—. Son huellas de ciervo, y como no estés atento, chocas con él y te matas.

—He oído que eso le pasó al padre del señor de la casa de al lado —contaba su hermana—. Los cuernos del ciervo le atravesaron la garganta.

—¡Cecilia! —le llamaba la atención su madre. Y luego dirigiéndose a su marido—. Al año que viene la volvemos a cambiar de colegio. La están barbarizando.

Aurora saca el *drive* del maletero. A falta de un envoltorio mejor le ha puesto un lacito rodeando el palo de golf.

—Hola, señorita Aurora.

Ni siquiera le ha hecho falta tocar al timbre. La chica de la casa le ha abierto la puerta en cuanto ha escuchado el coche llegar.

—Hola, Clary. ¿Qué tal todo por aquí?

—Como siempre.

Las dos mujeres entran en la casa.

La casa… El casoplón.

Metros y metros habitables para dos personas que apenas se hablan. Quizá porque no se ven… Lo más cálido de esa casa es el salón y porque está la chimenea.

Aurora va directa a ella y extiende las manos hacia el fuego que crepita con fuerza. Por un rato queda hipnotizada con la danza de las llamas.

—Cariño… —La madre de Aurora entra en el salón—. Ah, eres tú.

—Disimula un poco tu desilusión, mamá. Es Nochebuena.

La mujer concede y se acerca a su hija para darle un par de besos en la mejilla.

—No es eso, cariño. Es que pensaba que venía Ceci con su hijo.

¿Has traído el regalo de tu padre?

—Sí, pero para el próximo año…

A Aurora no le da tiempo de acabar la frase puesto que el timbre de la casa suena de nuevo.

—Oh, esta sí es Cecilia.

La madre va rauda a la puerta adelantándose a su sirvienta.

—¡Aurora, por favor, ven a ayudar! ¿No ves que vendrán cargados?

Entre Clary, Aurora y su madre ayudan a sacar del maletero los bártulos de Cecilia: carrito del coche, cuna transportable, mantas, un bolso grande, dos maletas y algunas cajas de regalos.

—¿Os vais a quedar a dormir? —pregunta Aurora al ver todo el despliegue.

Cecilia se acerca y le da dos besos.

—¡Claro! Mañana es el cóctel de Navidad de papá.

—Sí, pero nunca hemos ido porque nos parecían un coñazo, ¿recuerdas?

—Bueno, pero ahora es diferente.

La diferencia radica concretamente en su marido, que se acerca a Aurora y la saluda con su sonrisa blanqueada.

—Hola, Borja, ¿qué tal estás?

—Muy bien, cuñada. ¿Y tú? Me han contado que este año sí habéis tenido bonus. Estuve con tu jefe el otro día en un evento y le faltó tiempo para contarlo. Es un elemento, eh.

A Aurora le tienta darle la razón a su cuñado, pero se muerde la boca. Sabe de sobras que Borja es un trepa y esa falsa complicidad que intenta mostrar con ella en contra de su jefe podría ser una trampa que le costase fácilmente el puesto. Al fin y al cabo, los Borjas y los Jacobos compadrean en los mismos lugares y con la misma gente.

El pequeño Nicolás hace aparición bajo una manta de delicado punto en la sillita del coche. A Aurora le encantaría malcriar al bebé, ser la tía guay, pero apenas la dejan acercarse a él “no sea que le pegues algún virus que al fin y al cabo vives en la ciudad y ahí a saber con quién te juntas”, según palabras textuales de su madre.

Su padre aparece por fin en la entrada y da la bienvenida a los recién llegados.

—Hola, papá —le saluda Aurora.

—Hola. ¿Todo bien?

Y esa es toda la conversación con su padre. Luego se dirige hacia su adorado nieto al que, a él sí le dejan, le hace todas las carantoñas, pedorretas y besos que no le hizo a sus hijas.

Todos entran y Aurora se queda en el jardín de la entrada pasmada de frío, por el clima y por su familia.

En realidad, sí odia la Navidad.

—¿Aurora? ¿Eres tú?

Aurora se gira hacia la voz. Es su vecina de al lado, la nieta de aquel que chocó contra el coche y se le clavó el asta del ciervo de Papá Noel en el cuello.

—Hola…

La vecina se acerca hasta el seto que divide ambas parcelas. Aurora hace lo propio. La chica viste una especie de poncho que le cubre casi todo el cuerpo.

—¿Qué tal? ¿Qué es de tu vida?

—Bien, bien. Trabajando y eso. ¿Y tú?

Antes de que la vecina pueda responder, algo se revuelve bajo el poncho.

—Pues mira, con un regalito de Navidad —dice descubriendo la tela.

El poncho resulta ser un fular que envuelve cual mazapán a un bebé muy pequeño y de piel oscura.

—Es…

—Sí, se llama Kamal. Es un nombre indio, como su padre.

—¡Anda!

La chica descubre un poco a su hijo para que Aurora pueda verlo mejor, pero le insta a guardarlo a buen recaudo del frío.

La vecina siempre fue el espejo en el que no debían verse reflejadas ni Aurora ni Cecilia. Su madre se lo había dejado muy claro desde pequeñas. Los vecinos eran poco menos que unos piojosos sin valores que malcriaban a sus hijos, aunque a Aurora siempre le parecieron muy amables, especialmente tras la violenta muerte del abuelo. A veces Aurora pensaba que su familia necesitaba una tragedia como aquella para darse cuenta de que el valor de la vida no se paga con el interés compuesto, los bonus de empresa o los dividendos.

—Aurora, entra, no nos hagas esperar —La voz de su madre la urge a entrar y, de paso, dejar de mezclarse con los vecinos.

❄

El plan de Aurora es aguantar un par de horas o tres en casa de sus padres y luego largarse con algún pretexto improvisado.

En los entrantes hablan del tiempo, en el primer plato de los cotilleos del club y en el principal, cae la bomba.

—Estoy embarazada —suelta Cecilia.

—¿Otra vez? —responde sin pensar Aurora—. Quiero decir, ¿cuántos meses tiene Nicolás? Si apenas se te habrán puesto bien las cosas ahí abajo.

—¡Qué vulgar eres, Aurora! —dice su madre—. Estamos muy contentos, cariño. Además, mejor así, seguiditos.

—Muy bien, Cecilia, otro niño en mi línea sucesoria —dice medio en broma, medio en serio su padre—. A este paso, a tus hijos no les quedarán nada, Aurora.

A Aurora se le cruza la comida en la garganta y tose de manera escandalosa, se tapa con la servilleta, le dan arcadas.

—Aurora, por favor… —se queja asqueada su madre.

Cuando por fin se recupera, Aurora piensa que es hora de defenderse, aunque sea con una mentira.

—Pues lo cierto es que he empezado a salir con alguien.

La sorpresa recorre la mesa con una brisa que hace vibrar el espumillón y el fulgor de los candelabros.

—¿En serio? ¿Cómo se llama? —pregunta su hermana.

Aurora piensa unos segundos.

—Eric.

—¿Es rubio o moreno? —quiere saber su madre.

—Moreno.

—¿A qué se dedica? —pregunta su padre.

—Es *Financial Advisor*.

Los tres asienten con aprobación.

—¿De qué familia es? —pregunta de nuevo su madre.

—Se apellida… Rodríguez, sí.

—De los Rodríguez de Viena o de los de Miguel. Espero que no sea de los Rodríguez de Marguillón, esa gente no es trigo limpio.

—De los segundos.

—¿En qué firma trabaja? —pregunta su padre con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca.

—Pues no recuerdo el nombre. ¿Johnson&Johnson? ¿Wilson&Wilson?

—Nilsson&Nilsson —afirma su cuñado.

—Puede ser. El caso es que ha abierto su propio fondo con un socio japonés. Aún disponen de poco capital, pero tienen un plan muy trazado para crecer en poco tiempo.

—Seguro que irán a intradía —interviene de nuevo el cuñado—. Tienen ambos husos horarios cubiertos. Está bien pensado.

—Ambicioso. Me gusta —afirma su padre—. Tráelo mañana.

—Ah, ¿ahora sí estoy invitada?

—Cariño, no insinúes que no queremos que estés —se defiende su madre repasando con los dedos las perlas de su collar—. Si no te hemos invitado es porque sabemos que estas cosas te aburren. Pero sí, tráelo mañana.

—No, todavía estamos conociéndonos.

—Pues para Nochevieja. Podemos hacer una fiesta solidaria. Malaria, el Amazonas, las mujeres afganas… algo se nos ocurrirá.

—En Nochevieja ya tenemos plan.

—Bueno, pues Reyes —sugiere Cecilia—. Si tampoco hay que darle muchas vueltas a lo de elegir marido, sólo tiene que tener tres cosas: que te trate bien, que venga de buena familia y que no te de mucha batalla.

—¡Oye! —protesta Borja—. En realidad yo te doy mucha batalla.

—Eso es verdad. Con que tenga dos de las tres vale.

—Siendo lo de la buena familia una de ellas —insiste su madre.

—Estupendo… —murmura Aurora.

Bajo el enorme árbol navideño, para el que había que alquilar una plataforma elevadora para decorar la parte de arriba, hay varios regalos envueltos, entre ellos el palo de golf con el lacito puesto. Dispuestos los cinco alrededor del árbol fingen ser una familia llana y campechana.

Media horita más y me largo, reverbera la cabeza de Aurora.

—Supongo que este es para mí.

—Espero que te guste, papá —dice Cecilia.

Aurora la mira atónita. ¿No pretenderá ponerse la medalla?

—Está muy bien —dice su padre practicando algunos *swings*. El palo corta el aire de la habitación.

—Me costó mucho encontrarlo —apunta Aurora en un intento de apropiarse el mérito.

El hombre se queda clavado como estatua de sal en mitad del salón, con la cadera entornada y el palo sobre el hombro. Luego vuelve lentamente a su posición inicial y chasca la lengua.

—Bueno, hubiera preferido que el *shaft* fuera de grafito en lugar de acero.

La frasecita le cae a Aurora como un jarro de agua fría. Se levanta con la excusa de ir a la cocina y al pasar al lado de su hermana le susurra:

—Me debes 200 pavos.

En la cocina le pide a Clary que le prepare un café para llevárselo en el coche.

—¿No se queda a dormir, señorita Aurora?

—No, no pinto nada aquí.

—No sea así: sus padres la echarán de menos.

—Lo dudo.

Y Aurora tiene razón. Cuando vuelve al salón con el café en la mano anunciando su marcha lo único que le dicen es: “Dale recuerdos a Eric de nuestra parte”.

La oscuridad devora la carretera. Debería haber puesto las cadenas, pero sus prisas por salir de ahí cuanto antes se lo han impedido.

Deja el café en el hueco de los vasos y pone algo de música para mantenerse atenta. Mete primera y ya adivina que va a ser un viaje complicado. Si antes los neumáticos crujían al pisar la nieve bajo un sol claro y amarillo, ahora resbalan sobre el hielo.

No tiene prisa. Irá en tercera si hace falta, con un pie sobre el embrague. Lo último que quiere es acabar con el cuerno de un ciervo ensartado en su cuello.

Quedan pocos kilómetros para incorporarse a la autopista, para sentirse segura y más cerca de su casa, pero el mal presagio se cumple y una volada de aire hace agitar las ramas de los abetos. Un trozo de nieve cae en la ladera y asusta a un cervatillo que salta hacia la carretera hasta plantarse en la trayectoria del coche de Aurora.

Instintivamente, pisa el freno y las ruedas patinan en el hielo. El coche comienza a dar vueltas sobre el eje horizontal. Visto desde fuera, el vehículo se desplaza con gracilidad, como una patinadora en un campeonato mundial. Por dentro, la violencia del giro aplasta la cara de Aurora contra la ventanilla.

La trayectoria helicoidal del coche sortea al ciervo, que sigue congelado en la carretera. Los ojos de Aurora se cruzan con los del animal y en ellos ve pasar su vida por delante. Es corta, es aburrida y, sobre todo, está llena de huidas.

El coche choca contra la nieve amontonada del borde de la carretera y Aurora vuelve a su eje vertical tratando de recuperar el aliento.

La música sigue sonando, el café todavía humea y ella se queda con una sensación de que le han robado su tiempo.

❄

La oficina está tranquila. Más de la mitad de la plantilla está de vacaciones, gastándose su bonus en regalos o alcohol. Aurora mira a la calle. Las personas van y vienen como hormiguitas, dejando su rastro en el manto blanco de la nieve.

—¿Se puede? —pregunta José Antonio que ya se ha plantado junto a la mesa de Aurora.

Esta se gira.

Por suerte para sus ojos, el hombre ya no lleva el jersey navideño, sino uno azul marino más discreto y acorde a su edad.

—Claro, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Me dijiste que gastara el vale regalo sabiamente.

—Ahá.

José Antonio sonríe y le tiende una pequeña cajita. Lo único que podría caber ahí es un anillo y la idea aterra a Aurora. ¿Cómo no lo vio venir? Aurora es la última soltera de la oficina y José Antonio es… Bueno, José Antonio es José Antonio.

—José, yo no… No puedo aceptarlo —dice Aurora poniendo su mano de freno.

—Claro que sí. Eres buena, eres paciente, eres bonita.

—Gracias, pero yo no siento lo mismo… Me pillas…

El hombre da un paso al enfrente e insiste.

—Venga, ábrela. Si no te gusta, lo devuelvo y listo.

Con más ganas de acabar con aquello que otra cosa, Aurora coge la caja y la abre. De ella salta una serpentina de colores que la obliga a dar un brinco para acompasar a su corazón.

—¡Inocente! —le señala José Antonio, que se larga antes de sufrir una represalia.

Aurora mira el calendario.

—Cómo no…

Es momento de un descanso. Hay poco movimiento y le apetece tomar el aire fresco.

Quizá demasiado fresco, piensa cuando baja por las escaleras mecánicas. No obstante, se acerca lentamente hacia algo que, de nuevo, le asalta el corazón.

Otra vez esa maldita sensación de ahogo que creía desterrada.

¿Quedaría muy obvio subir las escaleras mecánicas que la bajan sin remedio hacia Érica?

—Hola —la saluda Aurora mientras se abanica con la solapa de su abrigo—. ¿Has quedado con Susi? Porque está de vacaciones…

—Lo sé, en realidad venía a buscarte a ti, por si te apetecía tomar algo —pregunta Érica que balancea las caderas como una niña de ocho años ante su profesora favorita.

Aurora balbucea. Ojalá el frío la congelara en ese mismo instante y la dejara pensar durante unos segundos sin parecer una estúpida. Pero no. Por su boca salen sílabas inconexas entre bocanadas de vaho.

—Vale —dice por fin.

—¡Genial! Hay un *deli* nuevo a la vuelta de la esquina.

Un *deli* está bien, piensa Aurora. Un deli es casual e informal, y puedes comer de pie, lo cual le viene bien si siente la necesidad de escapar.

Ya en el local, ambas se piden unos sándwiches y se ponen en la barra junto a la ventana. Unos pequeños copos comienzan a caer del cielo y se posan en la nieve acumulada de días anteriores. Es difícil

estar elegante mientras caminas y Érica y Aurora se ríen de algunas personas que parecen andar como patos.

—Es que, ¿dónde va ese con zapato italiano en pleno diciembre? —señala Aurora a un tipo que hace equilibrios sobre el hielo. En una mano, la mochila del portátil; en la otra, la bolsa de papel de un *take-away*.

—Si se cae, ¿qué priorizará: el portátil o la comida? —pregunta Érica que la mira directamente.

A Aurora le abrasan esos ojos y se tiene que quitar la bufanda.

—Yo salvaría mi comida, lo tengo clarísimo —responde dando un mordisco a su sándwich sin apartarle la mirada. ¿Acaso está flirteando?

El hombre se pone a salvo bajo un soportal, pero Érica no lo ve porque sigue mirando a Aurora.

—¿Qué? —pregunta Aurora.

—Nada. Tienes una nariz muy graciosa, ¿lo sabes?

Las mejillas pasan del rosa al rojo.

—Nunca me ha gustado mi nariz. Demasiado respingona. En el cole se burlaban de mí. Si caía algo al suelo me pedían que lo aspirara. ¡No te rías! ¿Acaso tú no tienes ningún defecto? —dijo Aurora repasando cada centímetro de la cara de su acompañante sin encontrar nada—. ¡Qué va! Tú cara es perfecta.

¿Tú cara es perfecta? ¿Acababa de decirle a una chica que su cara era perfecta? ¿¿Otra vez??

Las mejillas de Aurora pasan del rojo al burdeos.

—Gracias, Aurora —responde Érica con parsimonia—. Pero en realidad sí tengo defectos. Mira, aquí tengo una cicatriz —dice señalándose la ceja partida—. Me la hice de adolescente en una pelea.

—Oh, sí, un defecto con una historia interesante detrás que no hace más que hacerte más atractiva.

¿Te quieres callar de una vez, bocazas?, se dice Aurora a sí misma.

Por fin el silencio se hace y las chicas vuelven a mirar por la ventana. El hilo musical del restaurante pone canciones navideñas pop, esas que llevan escuchando en todo los lados desde que comenzó diciembre.

—¿Y cómo es eso de que tienes un fondo de inversión? —pregunta Aurora por cambiar de tema.

—Es pequeñito. Yo puse 50 y mi socio otros 50.

—¿Mil?

Érica asiente mientras da un mordisco a su sandwich.

—¿Y de dónde sacaste esos 50.000? Si se puede saber, claro…

—No vengo de una familia rica como tú —dice Érica intentando pinchar a Aurora que le sonríe haciéndole la burla—. En una clase en la universidad teníamos que invertir en Bolsa. Debía ser con un programa simulado, y en vista de que no se me daba mal, me lancé a hacerlo de verdad con un dinerillo que tenía ahorrado y una pequeña herencia de una tía.

—Ah, la famosa tía soltera y forrada que todos tenemos.

—Tampoco estaba tan forrada. ¡Y éramos muchos sobrinos a repartir! El caso es que por aquel entonces salía con una informática y me dijo que la tercera generación de semiconductores iba a revolucionar la tecnología. Yo no sabía de qué hablaba, pero le metí unos miles a una empresa llamada Boardcom. Y la chica tenía razón: revolucionó la tecnología y yo gané bastante dinero.

—¡Vaya!

—Sí, todos los días doy gracias a aquella Érica del pasado por tomar esa decisión.

—Y haces bien.

Aurora se queda un momento pensando a qué Aurora de su pasado debía dar las gracias por hacerla estar donde está.

O echarle la culpa.

—¿Irás a la fiesta de Nochevieja de Susana? —pregunta Érica para romper el silencio que se ha instalado entre ellas.

—No sé.

—Si no vas te perderás verme vestida de regalo de Navidad.

—Es un reclamo muy atractivo.

Desde luego, Aurora está desatada. Sus barreras se han derretido, no tienen efecto con Érica y no sabe por qué. Apenas la conoce. Es guapa, sí, y amable y divertida y ambiciosa e inteligente y quiere formar una familia, pero por lo demás… apenas la conoce. Y luego está ese pequeño detalle: es una mujer. Aurora no puede ir con una mujer a casa.

Tamborilea los dedos fuertemente contra la barra hasta que Érica le agarra la mano y quedan atrapados.

—Perdona —dice sin soltarle—, me estabas poniendo nerviosa.

Aurora mira la mano de Érica. Está caliente. Muy caliente. Está ardiendo. Quizá también esté nerviosa como ella.

—Tengo que volver a la oficina —dice Aurora zafándose.

Érica la ve marcharse, pero la llama antes de que cruce la puerta.

—¿Irás a la fiesta?

Aurora no responde. Se sube la bufanda para tapar su nariz respingona y se va.

Capítulo 3

Desde que en Nochebuena le dijera a su familia que estaba viéndose con un chico, su madre la llama todos los días. “Hola, cariño, ¿qué tal con Eric? Hoy teníais una fiesta, ¿verdad?”, le pregunta siempre al descolgar. Su madre tiene un terror horrible a que Aurora lo estropee todo. Su plan: meterlo cuanto antes en la familia para que el chico descubra qué se perdería si dejase a su hija.

—Sigue en pie la cena de Reyes —La madre afirma más que pregunta—. He llamado a un cáterin excelente y vendrán tus tíos de Suiza exclusivamente para conocerle.

—¡Mamá!

—Cariño, no te alteres. Ya tienes 31 años y no estamos para perder el tiempo.

—Oh, Dios mío. Quiero colgar.

—Ay, hija, eres de un desagradable que asusta. No sé a quién habrás salido.

—Yo tampoco —dice Aurora antes de dar por terminada la llamada.

Sobre el sofá Aurora ha desplegado dos prendas: una es un bonito vestido azul que hace tiempo que no se pone y que duda que le quede todavía bien; la otra es el pijama. ¿Cuál es el plan? ¿Ir a la fiesta de Nochevieja de Susana, fingir que Érica es Eric e invitarla a la cena de Reyes de sus padres? ¿Qué cara pondrían al verla aparecer con otra mujer? ¿Sobrevivirían?

—¿Qué estoy haciendo?

Aurora coge el vestido y lo devuelve a su sitio, al rincón oscuro del armario donde no debió salir.

Con el pijama puesto y un bol de fideos chinos instantáneos en la mano se sienta en el sofá y enciende la tele. No es la primera vez que a su televisor le cuesta arrancar. Da varios golpecitos al mando y vuelve a intentarlo. Nada. Unos golpes fuertes esta vez. Sigue sin encenderse. Saca las pilas y las intercambia. *Nope*. Unos golpecitos contra la mesa... Por fin, un haz de luz aparece en el televisor.

—Ya era hora.

—¿En serio que no vas a ir a la fiesta de Susi? —le pregunta una voz que sale de la pantalla.

—¿Quién ha dicho eso?

A Aurora la voz le resulta lejana, pero reconocible. La tele sigue con el haz de luz que se va disipando poco a poco. Una silueta se adivina en la pantalla. Cada vez más nítida, la figura de una joven.

—Tú eres… —dice Aurora incrédula ante lo que ven sus ojos desencajados.

La chica sale de la tele y se le planta delante.

—Sí, yo soy tú, pero unos años más joven.

Aurora se da palmadas en la cara, se pellizca. Quiere despertar de esa pesadilla, pero no puede.

—¿Estoy loca? —le pregunta a su yo joven.

—Totalmente.

La joven se saca un bollo de la manga y se lo enseña.

—¿Te acuerdas?

Aurora asiente.

—Es el bollo al que nos solía invitar la camarera de la cafetería de la universidad.

La chica le da un bocado, pero el bollo no tarda en volver a aparecer entero.

—Era guapa, ¿verdad? Y muy amable. Tú y yo sabemos que estaba colada por nosotras. Pero… —la Aurora joven chasquea la lengua.

Se acerca al sofá y se sienta. Ahora, Aurora puede ver que su piel, su pelo y sus ropas tienen una textura extraña, como de película de DVD.

—Soy tu yo de 22 años y estoy aquí para evitar que la cagues por enésima vez.

—¿Eres un fantasma?

—Sí, el fantasma de las Navidades Pasadas, no te jode. Mira, yo adulta, te voy a decir una cosa que sospechas pero que nunca has oído en voz alta.

—No, por favor —dice Aurora tapándose los oídos.

—Es que no tengo remedio —dice la joven—. Lo que a ti te pasa es que eres…

Aurora coge el mando y presiona el botón de silenciar. El fantasma mueve los labios, pero no se le oye. Aurora mira al mando como si fuera el martillo de Thor. Cambia de canal y la joven se convierte en su yo de 10 años, con el uniforme del internado y las dos

trencitas que la caracterizaban. Luego cambia a su yo de 15 años, vestida de Romeo tras la función de Navidad del mismo internado. Después aparece con 18 años. El fantasma aprovecha el desconcierto de Aurora para arrebatarle el mando.

—¿Te quieres estar quieta? —le grita.

—¿Qué está pasando aquí?

—He venido para evitar que cometas el mayor error de tu vida. Otra vez.

Y antes de que Aurora pueda reaccionar, la joven le agarra de la manga del pijama y las dos se introducen en el televisor.

❄

La pantalla está en negro y unas letras aparecen impresionadas en ella.

“Los personajes y eventos descritos en esta etapa de tu vida son reales y cualquier evento o persona que no lo sea son fruto de tu errática memoria. Todos los derechos reservados”.

La joven Aurora camina dos pasos por delante. La Aurora actual mira a su alrededor estremecida por todos los recuerdos que le sobrevienen. Sigue en pijama, pero, pese a estar rodeada de nieve, no siente frío.

—Sabes dónde estamos, ¿verdad? —le pregunta su fantasma.

—Sí…

Están frente a un gran edificio de estilo medieval en lo alto de una colina totalmente nevada. La fachada blanca y el tejado de pizarra negra contrastan con el azul del cielo, profundo y brillante. ¡Cómo le gustaba ese azul! Las montañas nevadas se ven tan cerca que parece que se pueden tocar con la mano. Allí aprendió a esquiar y a orientarse cuando todo lo que te rodea es blanco.

Hay una mujer esperando en la entrada. Aurora la reconoce: es la directora del centro. Es delgada, con nariz aguileña y unas manos huesudas que esconde a su espalda. Un moño alto corona su figura.

Aunque las dos Auroras están delante de ella, la mujer no las ve.

Un coche llega. Es un Bentley que Aurora reconoce enseguida.

—Ya sé qué día es hoy —dice.

Da un par de pasos para acercarse a la puerta del coche. De él

bajan sus padres y una Aurora niña que tiembla de frío y miedo.

—Alegra esa cara: este es uno de los mejores colegios de Europa —dijo su madre aquel día.

—Harán de ti toda una mujer que nos llenará de orgullo —añadió su padre.

La directora se agachó para quedar a la altura de la niña. Le acarició el pelo y sonrió con amabilidad.

—Aquí te lo pasarás muy bien y aprenderás mucho.

—Tiene razón —añade la Aurora actual—. Entonces no lo creía, pero tiene razón.

Los padres le dieron un beso en la mejilla, más porque así lo marca el protocolo familiar que por cariño, y se subieron al coche de nuevo.

—A ver si así se olvida de andar con la vecina a todas horas —dijo su madre al cerrar el portón.

La pequeña Aurora, que aún no entendía muy bien qué estaba pasando, entra con la directora al edificio y las dos Auroras se quedan en la puerta.

—¿Mi madre me metió en el internado porque jugaba demasiado con la vecina?

—Así es. Y lo mejor de todo es que no era más que una amiga, no despertaba ningún interés romántico en ti. La que sí lo hizo fue, precisamente…

La joven Aurora cambia de canal y dos niñas de 11 años le pasan por al lado. Juegan a perseguirse y a lanzarse bolas. La nieve se derrite y aparecen pequeñas flores de colores en el césped del camino de la entrada. Las chicas siguen corriendo, rodean el edificio y se meten entre los árboles que protegen la fachada del calor del verano. Van cogidas de la mano, se abrazan, ríen, se cuentan cosas al oído.

—Odette —dice Aurora—. Recuerdo a Odette.

—Como para olvidarla, querida yo, fue nuestro primer amor.

Aurora la mira seria.

—¿Lo fue?

—¿Aún no lo sabes? Esto va a ser más complicado de lo que pensaba —dice la joven frotándose el puente de la nariz—. Aurora, eres una mujer lista, por mucho que diga tu padre. ¿Cómo puedes no darte cuenta?

Aurora camina siguiendo a la niñas. Recuerda esos momentos

como de felicidad plena, de libertad absoluta.

—¿Nos escapamos? —le preguntó Odette con una mirada fugaz al camino que se adentraba en el bosque.

—¿Y la función de Navidad?

Hablaban en francés y a la Aurora adulta le da un escalofrío al recordar que un día aquel idioma fue la lengua de su amor.

—¡Qué le den!

—A mí me gusta.

—Claro que te gusta, porque te ha tocado hacer de Romeo. Yo soy una versión reducida de Julieta: sólo hago así y me desmayo.

Odette fingió desvanecerse probando los reflejos de Aurora que la agarró antes de caer.

—Tienes que besarme —le dijo Odette.

—¿Qué?

—En la función. Tienes que besarme, delante del público.

La pequeña Aurora soltó a su amiga, que cayó al suelo de nalgas.

—Es una locura.

—Es teatro.

—Pero no está en nuestro libreto.

Odette se levantó enfurruñada, limpiándose la falda del uniforme. Las manchas de barro la pondrían después en un aprieto cuando lo llevó a la lavandería.

—Eres imposible, Aurora.

La Aurora adulta se enternece al recordar cómo pronunciaba Odette las erres de su nombre. También le da un pinchacito al corazón al recordar aquella discusión. Fue el principio del fin.

El fantasma se acerca a ella y apoya su gélida mano en el hombro.

—Por supuesto, nunca la besaste. Ni en la obra ni en la vida real.

Aurora se zafa de su fantasma.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Besarla delante de todo el mundo en la función del colegio? Mis padres me metieron ahí por pasar demasiado tiempo con la vecina. ¿Qué crees que hubieran hecho si hubiera besado a una compañera de clase?

El fantasma vuelve a cambiar de canal. La pequeña Aurora aparece vestida de Romeo y camina con el sombrero en la mano hacia el muro que delimita los límites del internado. Allí la espera Odette

con su disfraz de Julieta.

—Última oportunidad, Aurora. ¿Saltamos?

—Estás loca.

Odette se giró y la miró con una mezcla de enfado y tristeza.

—No me mires así. Tú no tienes a nadie. Eres una niña huérfana a la que ha metido su tío aquí porque no sabía qué hacer contigo, pero yo tengo padres y…

La francesa no le dejó acabar la frase. Le estampó la mano en su mejilla y la enmudeció.

La Aurora adulta y su fantasma apartan la cara, dolidas por lo que están reviviendo.

—Somos imbéciles —dice el fantasma.

Con los dedos de Odette todavía marcados en el carrillo, la pequeña Aurora volvió donde sus padres, que la esperaban para despedirse.

—Pensé que me volvería con vosotros a pasar la Navidad.

—Oh, cariño, no puede ser. Tenemos la agenda llena estos días —respondió su madre—. Y pon la espalda recta, que pareces el jorobado de Notre Damme.

En aquel momento, su padre hablaba con un grupo de hombres. Reía, compadreaba e intercambiaba tarjetas de visita. El grupo se disipó y el padre volvió con su mujer e hija.

—Toma, hija —le dijo el hombre tendiéndole las tarjetas de visita —. Con los niños de estos apellidos es con quienes debes jugar.

Aurora miró las tarjetas para comprobar que entre ellas no había ni uno que le cayera medio bien.

—Feliz Navidad —le dijo—. Me voy a por el coche.

La pequeña Aurora se quedó sola frente al edificio, congelada como un muñeco de nieve. A su espalda apareció la directora que se inclinó para hablarle al oído.

—Acompáñame, Aurora.

Había un largo pasillo acristalado que rodeaba la piscina, ahora tapada. Algunos niños corrían en sentido contrario a la directora y a la pequeña Aurora cargados con sus maletas.

—*No running, please. Have a Happy Christmas!* —gritó la directora.

Se sentaron en una mesa junto al gran ventanal. El sol les calentaba la cara. Más allá se veían las montañas nevadas y un gran

árbol sin hojas que resistía al frío.

—Aurora, debes hacer caso a tus padres —La voz de la directora sonó tierna, pero firme. Solía moverse en ese fino alambre entre ofrecer cercanía sin dejar de aplicar disciplina—. Conviértete en una mujer de provecho. Cuando salgas de aquí podrás hacer y salir con quien quieras.

La directora firmó la frase con un guiño.

—¿Adivina qué? —le pregunta la Aurora fantasmal a la real.

—¿Qué?

—Que no lo hiciste.

El espíritu pixelado de la joven Aurora levanta el mando y comienza a zapear. Aparece con 18 años en un avión de camino a París.

—¿Recuerdas este viaje?

—Sí, fue un viaje de fin de curso. La monitoria era muy simpática.

La monitora era una italiana de 26 años con cicatrices de acné en las mejillas y una sonrisa encantadora. Siempre buscaba a Aurora, le contaba cosas de arte y de historia. Le preguntaba por su vida, sus planes, caminaba junto a ella balanceando los brazos, rozándole la mano de manera distraída, agarrándole de la cintura delicadamente cuando tocaba cruzar una calle.

—Le gustábamos, Aurora.

—¿Qué dices? Estás loca…

—Entiendo que pensaras que no podías gustarle a alguien. Tenías un horrible corte de pelo y granos en la cara. La autoestima por los suelos. Pero le gustábamos, de verdad. Lo que pasa es que ella no iba a dar ningún paso por miedo a tu rechazo… y a una demanda, claro.

El fantasma de la joven Aurora vuelve a zapear. Aparecen por fin en la universidad, ese remanso de libertad que la directora del internado le prometió. Aurora estudió ADE para contentar a sus padres. Los números no se le daban mal y en casa ya había aprendido algunas tretas sobre impuestos y sociedades. Pero la falta de motivación le impedía llevar la carrera al día y su libertad quedaba a expensas de las notas finales. Nunca le sobraba tiempo. Apuraba las horas previas a un examen en una cafetería cercana, donde desplegaba todos sus apuntes en una mesa situada en un rincón.

La camarera siempre le sonreía al entrar.

—Buenos días, Aurora. Te he dejado la mesa limpia. ¿Te llevo lo

de siempre?

Aurora, apurada, asentía y se iba la mesa.

Así día tras día. Semestre tras semestre. La camarera no sabía cómo abordar a Aurora y Aurora apenas reparaba en su presencia. Ese momento en el que estaban las tres Auroras en la cafetería, dos mirando y la tercera estudiando, era instantes antes al último examen del año. Necesitaba bordarlo para poder ir a casa por Navidad con la cabeza alta.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó la camarera sujetando la bandeja en una mano.

—Mal —murmuró Aurora sin levantar la vista.

—La camarera sabía que era un mal momento, pero intuía que era su última oportunidad —informa el fantasma del pasado.

—¿Su última oportunidad para qué?

—Eres lerda.

La camarera le sirvió el café con leche y un bollo, el mismo que el fantasma se ha sacado de la manga cuando ha ido a rescatar a Aurora de sí misma.

—No he pedido bollo —le dijo Aurora.

—Te invito yo. El azúcar estimula el cerebro.

—Ah —contestó para meter la nariz en los apuntes al momento siguiente.

En el bolsillo de la camarera había un papel. La chica metió la mano en el bolsillo y lo toqueteó.

—¿Pasa algo? —le preguntó Aurora a la camarera al ver que no volvía a la barra.

La camarera sacó la mano del bolsillo vacía.

—No, nada. Te deseo mucha suerte, Aurora —dijo antes de marcharse.

El fantasma da al pause. La Aurora adulta y su fantasma tienen en frente a la camarera con el gesto constreñido por el arrepentimiento.

—¿Sabes lo que llevaba en el bolsillo?

—¿El qué?

—Su número de teléfono. Quería dártelo. Dárnoslo, pero se echó para atrás porque te veía muy estresada.

—Lo estaba.

—¡Lo sé, joder! Estaba ahí, ¿no lo ves?

Las dos salen de la cafetería. Un reloj toca las doce a lo lejos. Las personas caminan con cuidado sobre la nieve, cargadas de regalos.

La joven Aurora se gira indignada hacia su futuro yo.

—Primero confundes el amor con la amistad, luego tu autoestima te impide ver que le gustas a alguien y ahora el estrés te ciega, y así una y otra vez, como un bucle del que no sales. ¿Dónde estás ahora con Érica?

—¿A qué te refieres?

—A que le gustas a Érica, pero no te enteras. ¿Es por estrés?

—¿Gustarle yo?

—Vale, es por falta de autoestima.

Las dos andan sin un rumbo aparente. El fantasma camina enfadada. Haría una profunda huella en la nieve si ambas estuvieran allí realmente.

—Sí, tú eres yo con días enteros de tiempo perdido en el amor. No —se detiene frente a Aurora con el dedo en alto—, con tiempo no vivido en el amor. Y puedo entender que tuvieras miedo o desconocimiento cuando éramos una cría, pero ahora eres una mujer hecha y derecha. No eres la más guapa, pero eres inteligente, divertida y tienes algo que le gusta a Érica. ¿No te gustaría descubrir qué es? ¿No te gustaría dejar de tener ese agujero en el corazón, esa sensación de que te falta algo?

Aurora agacha la mirada avergonzada.

—Escucha, Aurora —insiste el fantasma—, Erica no tiene por qué ser el amor de tu vida. Puede ser una chica para pasar el rato, para descubrirte, para aprender a quererte... ¡Para empezar!

—Ya…

—Pues entonces, vuelve a casa, ponte el vestido azul y ve a la fiesta de Susana.

De nuevo, el fantasma levanta el control remoto de la televisión y pulsa el botón de *rewind*.

Tras unos segundos rayada, Aurora vuelve al salón de su casa. En su cama descansa el vestido azul.

❄

El reflejo del espejo del baño muestra una Aurora insólita. El vestido azul le queda realmente bien, la comida rápida no le ha pasado —tanta— factura, y el maquillaje de los ojos, aunque sencillo, realza su mirada. Quiere rematar el *look* con un pintalabios de tono rosado, pero algo le hace clic en la cabeza.

¿Qué pensará Érica cuando la vea así de arreglada? ¿Se pensará que es por ella? Está claro que es por ella, ¿pero quiere que se le note? Y peor todavía, ¿qué pensaría su madre si la viera así de pintarrajeada y con un vestido quizá demasiado corto para su gusto y, desde luego, demasiado brillante? "Pareces una furcia. La falda es muy corta. El azul no te favorece nada. Estás tan pálida…", parece que la oye.

Aurora cierra el pintalabios con un giro y lo deja en el neceser. Junto al bolsito están las toallitas desmaquillantes. De hecho, asoma una, blanca y húmeda, como diciendo: "cógeme, pásame por tu cara y acaba con esta farsa de una vez". Para colmo, la cara de Susana aparece en la pantalla. Como Aurora no se lo coge, le manda un mensaje, que también aparece en la pantalla de su móvil: "¡Ven! Te estamos esperando". Aurora no cae que se puede referir a ella y su mujer. Aurora da por hecho que se refiere a ella y a Érica. Érica la está esperando. Érica la quiere ver, quiere bailar con ella y quiere acorralarla contra alguna pared y besarle el cuello.

Una corriente de aire helador se cuela por la rendija de ventilación y Aurora coge la toallita. Al mirarse en el espejo dispuesta a desmaquillarse se ve a sí misma con diez, tal vez doce años más, con la piel grisácea y ajada.

Aurora no sabe si es un espejismo, un sueño o una ilusión.

—¿Eres tonta o qué? —le responde el reflejo.

Aurora da un respingo.

—¿Y ahora quién eres tú?

—¿Acaso no es obvio? —le dice la Aurora avejentada.

Con esfuerzo, entre resuellos, la figura sale del espejo y se planta delante de Aurora que más que asustada está aburrida de toda esta movida *dickensiana*.

—¿Por qué no me dejáis que me tire en el sofá a ver películas? ¿Por qué no puedo elegir estar sola, sin más?

La Aurora mayor se sacude el polvo de su chambergo. El color

beige de la tela recalca todavía más su insulsa presencia. Espera paciente a que el polvo se pose en el lavabo y luego toma aire con pesadez, como si fuera a soltar una frase grave y llena de sabiduría.

—Porque no nos sale del coño. Y ahora ven.

El fantasma agarra de la mano a su yo del pasado y se la lleva al salón. Sabe perfectamente dónde están las cosas. Lleva años viviendo allí. Con la mano libre, agarra el mando y las dos mujeres se meten de nuevo en la pantalla del televisor.

Capítulo 4

La oscuridad las ha engullido.

—Este será un momento crítico de tu vida, un momento en el que ya no podrás negar lo que eres —la voz del fantasma reverbera en el vacío.

—¿Dónde estamos? —pregunta Aurora.

Su *look* de fiesta no encaja en aquel túnel. Porque están en un túnel, eso lo tiene claro. Lo indica el suave traqueteo y la sensación de velocidad constante que siente en su cuerpo. Las luces se encienden poco a poco, titilando hasta que cogen fuerza. Son las luces de un vagón de metro lleno de gente alegre y elegante.

—Será la Nochevieja de 2026.

—¿Dentro de sólo cinco años? Así adivino yo también el futuro… —dice Aurora con ironía.

El fantasma la mira con el gesto agrio.

El abrigo beige, la piel gris, el pelo con algún mechón plateado… Todo en este fantasma transmite a Aurora una sensación de derrota, de tiempo molido y vivencias malgastadas. ¿Qué ha hecho con su vida?

Prefiere no preguntar más y se dedica a observar.

En ese futuro tan cercano que lo puede tocar estará ella sujeta a una de las barras del vagón. Lleva el mismo vestido azul que lleva hoy. Es decir, que ni siquiera ha tenido la necesidad de comprarse uno nuevo. Así será su vida social en esos cinco años. Como muchas de las personas que hay en el tren, Aurora lleva una botella de vino sin abrir, preludio de una conversación distendida y, presumiblemente, larga.

Una chica le hará ojitos desde la otra punta del vagón. La chica también va a una fiesta, a juzgar por su minifalda de cuero negro y las medias de rejilla bajo el abrigo abierto.

Aurora le sonreirá.

—¿Sabes lo que estás pensando en ese momento? —le pregunta el fantasma a una Aurora incrédula por esa faceta suya. ¿Desde cuándo iba por el metro sonriendo a chicas? O mejor dicho, ¿a partir de cuándo?

—Pues a partir de darte cuenta de que llevas demasiadas Navidades atiborrándote a fideos chinos y películas románticas —le responde su versión futura como leyéndole la mente.

Obviamente, no le lee la mente. Es que lo que está pensando Aurora ahora, el fantasma ya lo ha pensado anteriormente.

—Has buscado por Internet qué hacer con tu vida, cómo mejorar tu autoestima, cómo ser más abierta, porque ves que te estás cerrando demasiado, que te estás ahogando. Hace unos meses que has tomado la decisión de atreverte un poco, de sonreír, de mirar a otras chicas, a ver qué pasa.

La revelación desencaja a Aurora. Está encogida, se abraza a sí misma y se frota la piel de gallina de los brazos.

La chica de la minifalda negra subirá el nivel de intensidad de las miradas y le añadirá una media sonrisa, una sonrisa muy fácil de entender: si quieres la otra media, tendrás que darme algo tú.

Y Aurora se lo dará. Le mostrará una sonrisa tímida, virgen.

—Estoy irreconocible—dice la Aurora del presente que puede palpar el miedo que sentirá en ese momento.

El pánico la inundará cuando llegue su parada y la desconocida baje tras ella.

—¿Qué hace?

—Espera y verás…

La chica de la minifalda y las medias de rejilla la seguirá unos metros, zigzageando entre la gente que bajará con ellas en la misma estación. Antes de que Aurora alcance la escalera de salida, la cogerá del codo y la apoyará en la pared. Sus ojos atravesarán a Aurora. Jamás nadie la miró ni la mirará así. Aurora se sentirá aterrada y halagada a partes iguales. Una mecha prenderá entre sus muslos e irá subiendo hasta hacer arder la puntilla de sus bragas.

—¿Qué hace? —se preguntan a la vez la Aurora del 2021 y la del 2026.

Unos labios rojos y carnosos se aproximarán a su boca. Aurora se pasará la lengua por los suyo. Un acto reflejo que no sabe de dónde nacerá, pero sí sabe que la matará. Los labios de la desconocida rozarán los suyos y la lengua aprovechará un mínimo resquicio para entrar en la boca de Aurora.

Zsssss… ¡Boom!

Adiós, bragas.

Fuegos artificiales.

Un nuevo año comienza.

En un momento de arrebato, cogerá a la chica de una de sus

solapas y se colgará de ella, la traerá hacia así, jugará con su lengua.

Al siguiente momento de cordura, se zafará.

—¿Vives cerca? —le preguntará la desconocida.

—No vivo aquí. Voy a casa de una amiga a celebrar Nochevieja —dirá la Aurora del futuro enseñando la botella de vino.

La chica se irá airada por su frustrada noche de pasión dejándola con las piernas temblando, aterrada.

—Joder… —dice Aurora con la mano en el pecho—. Estoy cagada. Siento que me quedo sin aire. Ese beso… he visto cosas.

—¿Cosas del pasado, del internado, del viaje de fin de curso a París, de la camarera de la cafetería, de Érica? Sí, esa película ya la he visto.

Aurora localiza un banco y se desploma en él.

—Estoy aterrorizada.

—Lo estarás —afirma su fantasma—. Jamás llegarás tan lejos con ninguna mujer.

La revelación impresiona a Aurora. Es decir, ella imaginaba que algún día, con la persona adecuada, en el momento oportuno, quizá, tal vez, con un poco de suerte y otro poco de valentía, acabaría estando con una chica. Así, sin más. Estar. No salir, ni empezar, ni dejarlo, ni volver a empezar, ni contarlo, ni dejarlo de contar. Simplemente, estar. Porque Aurora con lo que no podía era con todo lo que supone estar con una chica: con el miedo, con el rechazo, con los temblores, con el confesarlo.

Sobre todo, el confesarlo.

No, eso no.

En esto irá pensando también la Aurora del 2026 cuando, una vez repuesta del beso, Susana le abra la puerta de su casa.

—Hija, parece que has visto un fantasma —le dirá.

Aurora entrará a la casa con una velada capa de silencio y la botella de vino como disculpa.

Pero ni eso sabrá hacer bien Aurora. Cuando vea a Érica en la mesa de la cena sentada entre la mujer de Susana y una niña que no sabrá, pero se imaginará, de dónde habrá salido, la botella se le resbalará de los dedos y caerá irremediablemente.

❄

Dos dedos antes de que la botella impacte contra el suelo, el fantasma de la Aurora del futuro le da al *pause* del mando a distancia.

—Bien —dice poniéndose entre Aurora y la escena—, lo que va a pasar a continuación no te va a dejar muy bien. ¿Quieres verlo?

—¿Por qué no me deja bien?

—Lo primero porque la botella se va a estrellar contra el suelo, se va a romper una baldosa y uno de los cristales va a clavar en la pierna de Susana. Muy escandaloso, pero nada grave. Sangre, la niña llorando, la mano de Ana tapando la herida, más sangre, más lloros…

—Madre mía…

—El corte es superficial y en la casa no hay vendas. Te ofrecerás a bajar a la farmacia a por unas y aprovecharás ese momento para huir.

—¡Qué hija de puta!

—Sí, no estamos orgullosas de eso… Susana estará semanas sin hablar contigo. Ni siquiera en el trabajo. Tú tampoco harás por hablar con ella. Pasarán un par de meses de aquello y un día coincidiréis en el *office* de la empresa. Era algo inevitable. Le preguntarás por la herida de su pierna, te mirará con cara de asesina y le explicarás por qué huiste, lo que te pasó en el metro, lo que te removió por dentro y lo que sentiste al ver a Érica. Como Susana no está hecha para este mundo, te perdonará.

—Bien.

—Pero…

—¿Pero…?

❁

Una nueva acción sobre el mando a distancia muestra un montaje con música melancólica de fondo de varias escenas en las que Aurora estará triste, rabiosa, depresiva y enfadada con el mundo. Cada vez más aislada, cada vez menos sonriente.

La música se desvanece poco a poco y Aurora aparece frente a la puerta de la casa de sus padres.

—¡Hola, Aurora! —le saludará la vecina desde el otro lado del seto, con dos niños en cada mano.

Aurora apenas moverá la cabeza. Ojerosa, despeinada, con la piel y el pelo lacios, y una voz cada vez más ronca no quiere ser vista ni oída.

—¿En qué años estamos? ¿Cuántos años tengo? ¿87? —pregunta la Aurora del presente alarmada.

—37. Sólo es un año después de la cena de Nochevieja en casa de Susana —responde el fantasma.

—¿Y qué me pasa?

—El diagnóstico no es oficial, pero intuimos que es depresión. Ahora que tu verdad se ha revelado, no puedes afrontarla. Pensábamos que podíamos vivir ignorando esa parte de nosotras. Vale, somos lesbianas —dice el fantasma con voz aguda emulando su corriente de pensamientos interno—, nos gustan las mujeres, pero eso no quiere decir que debamos salir con mujeres. Si no salimos con mujeres, no sufriremos rechazo.

—¿Y no nos funciona el plan?

—No. La presión que sufriremos será brutal. El cine, la gente del curro, la publicidad, tu hermana… Todo el mundo empujándonos a tener novio, a casarnos ya. En el curro nos hartaremos a dar vacaciones por matrimonio. ¡Incluso a José Antonio! Y con cada firma, con cada anuncio, con cada comentario nos hundiremos más. Y para rematar…

La puerta se abrirá y ante la Aurora ojerosa y avejentada aparecerá su madre, con el bótox recién colocado, la piel radiante y el peinado de peluquería.

—Menuda piltrafa estás hecha. ¿Así cómo quieres que Eric vuelva contigo?

Embargada por la vergüenza, hará pasar a su hija adentro mientras echa un vistazo a su alrededor.

—Olvídate de Eric de una vez —le dirá Aurora desprendiéndose de su abrigo.

—¿Como tú de poner las cadenas al coche? —le preguntará su padre—. ¿Y por qué sigues con ese trasto? Cómprate uno nuevo. ¿O acaso no ganas lo suficiente como directora de Recursos Humanos?

—Me gusta mi coche. Gracias.

Conforme avance la noche, los comentarios por la sempiterna soltería de Aurora se harán cada vez más hirientes. ¿Y se supone que una familia está para cuidarse y quererse?

Será fruto del alcohol, del azúcar de los turrones o de la intermitente desconexión que Aurora tenderá a vivir esos días, que verá las caras de sus padres, de su hermana, de su cuñado, y hasta de sus sobrinos deformadas, riéndose de ella con la boca llena de dientes

y con un aura negra, tan negra que el fondo desaparecerá y sólo quedarán sus frases en el vacío: “Con lo amargada que estás, ¿qué hombre te va a querer…?”.

Aurora dará un larguísimo trago de crema de whisky y con la boca dulce y pastosa dirá:

—Me gustan las mujeres, pero por vuestra culpa, sobre todo por la tuya —dirá señalando a su madre—, nunca he podido vivirlo en plenitud. Me habéis hecho tremendamente infeliz.

Las cabezas se desinflarán y esos ojos que antes estaban envenenados de sangre, la mirarán ahora con asco y vergüenza.

—Ni un coño me he comido en toda mi puñetera vida —dirá Aurora cogiendo con rabia el pomo de la puerta.

El alcohol, la nieve, el ciervo en mitad de la carretera.

—Otra vez no… —dirá Aurora antes de, esta vez sí, chocar con el animal y acabar boca abajo en el coche.

—¿Así es como muero?

❁

Habrá fundido a negro, habrá una luz al final de un túnel y también habrá un tío con un túnica blanca diciéndole que todavía no es su momento.

Aurora y su fantasma están en la habitación del hospital donde ella está ingresada. Tiene dos ojeras negras bajo los ojos y un aparatoso vendaje en la cabeza. También tiene sondas en el brazo, en la nariz y en la entrepierna. El pitido de la máquina indica que está estable.

En la habitación no hay nadie más.

—Estoy… sola.

—No, tranquila.

Al decir esto el fantasma, aparece por la puerta la hermana de Aurora. Le acompaña el cirujano que le hace un resumen: traumatismo craneoencefálico, operación de urgencia para frenar hemorragia interna, saldrá adelante.

—¡Vendrá! —dice Aurora entusiasmada.

—Es que tiene el sentimiento de culpabilidad de la educación católica.

—¿Y mis padres?

—¿De verdad quieres verlo?

—No, no quiero hacer más sangre.

—Tu madre estará muy dolida, muy decepcionada. No os hablaréis hasta… —el fantasma hace *fast forward* con el mando a distancia.

Vuelven al piso de Aurora, pero las paredes están grisáceas, mustias, como las telas de las cortinas y la funda del sofá.

Sin embargo, algo se ve diferente. Algo que aporta un poco de color.

Hay una niña. O una adolescente. Está en esa edad en la que es difícil calcular los años que tiene. En esa Nochevieja de 2033 la niña paseará su estela por el piso dándole color a cada centímetro por el que pase bajo la atenta mirada de una Aurora cuarentona que viste igual que el fantasma que tiene al lado.

—¿No te suena esa niña? —pregunta el fantasma.

—Su cara me resulta familiar —confiesa Aurora.

—Es la hija de Érica.

Aurora mira al fantasma con el gesto desencajado. ¿Cómo puede ser? ¿Qué hace allí? No es algo excepcional, le cuenta su futuro yo. Al hacer las paces con Susana, Aurora retomará el contacto con Érica. En las cenas será la tía Aurora, la soltera, la que conecta más con los niños que con los adultos, la que les hace los regalos más chulos. Si llega a enterarse su hermana…

Érica la mirará a hurtadillas de los ojos de sus sucesivas parejas, siempre con una mezcla de pena y nostalgia de algo que nunca existió.

—Érica tenía que hacer un recado antes de ir a casa de Susana para celebrar la Nochevieja y te ha pedido si podías hacerte cargo de su hija. Tú, por supuesto, has accedido porque esa niña es nuestro ojito derecho, la hija que nunca tendremos. Se llama Alba, por cierto.

A Aurora le inunda la amargura. Una bola enmarañada y pesada se ensarta en su pecho y la obliga a doblarse. Busca un asiento, pero no encuentra dónde.

—Tía Aurora, ¿me dirá algo mamá si me maquillo? —preguntará la niña correteando con una caja de sombras de un lado a otro del salón.

La boca de Aurora se moverá en una sonrisa, pero los ojos seguirán tristes.

—Pues seguro que sí, pero le diremos que fue idea mía.

Y con el permiso concedido de su tía, Alba irá al baño a maquillarse.

En ese momento sonará el móvil de Aurora. La Aurora del presente, ya repuesta, se asoma a la pantalla donde ve la imagen de una mujer morena de ojos claros. Muy guapa.

—No está todo perdido… —dice.

El fantasma levanta la mano pidiendo que espere unos segundos, pasados los cuales la Aurora del futuro colgará el teléfono y lo pondrá boca abajo en el sofá.

La niña volverá ya maquillada. Se ha puesto algo de sombra verde en el párpado de arriba, máscara de pestañas y colorete.

—Estás muy guapa, cariño.

La puerta sonará y la niña irá a abrir, segura de que será su madre. Érica aparecerá en la puerta.

—Está guapísima —dice la Aurora del presente sin poder apartar la vista de ella.

—Sí, ahora mismo estoy con el corazón a mil por hora. No me levanto del sofá porque no me fío de mis rodillas, por eso le he pedido que pase cinco minutos mientras Alba recoge sus cosas.

Érica se sentará frente Aurora en el sofá, un sofá suficiente para una persona, pero que se queda pequeño para que se sienten dos sin que la situación sea incómoda.

—Podrías venirte. Aún estás a tiempo —le dirá Érica tocándole la rodilla.

—Ya tengo planes.

Una corriente eléctrica recorrerá el cuerpo de Aurora desde ese punto de la rodilla hasta el pecho, expandiéndose por toda la caja torácica, haciendo arder todas las ganas, los arrepentimientos y los “y si…” acumulados desde que la conociera doce años atrás.

—Otra vez —dice la Aurora del presente llevándose la mano al escote.

—Aguanta un poco, que aún no ha llegado lo peor.

El móvil de Aurora sonará de nuevo. Otra vez la mujer morena de ojos claros.

—Cógelo. No te cortes por mí —le dirá Érica antes de que Aurora cuelgue de nuevo.

—Ya la llamaré ahora.

Érica sonreirá. La nostalgia no se disipará de su mirada, pero se le añadirá una capa de algo cercano a los celos. Se alegra de que Aurora, por fin, haya decidido vivir su sexualidad con libertad, pero le da coraje que haya sido sin ella.

—¿Nos vamos? —preguntará la niña de vuelta al salón con todos sus bártulos.

—Si te apetece pasarte con tu cita por la cena de Susana ya sabes que serás bienvenida —dirá Érica antes de marcharse.

Claro que Aurora lo sabe, pero no lo hará. Ni siquiera volverá a llamar a la mujer que le ha dejado dos perdidas.

—Pero, ¿qué me pasa? ¿Por qué no salgo con esa mujer? ¿Por qué siento que este no es el plan que quería para mí? —pregunta Aurora.

Su fantasma rodea el sofá. Se observa a sí misma mientras sorbe los fideos y mira aburrida la tele. Ya ni las películas románticas la entretienen. Mastica como si fuera una vaca mientras sus ojos se cierran lentamente como pesadas persianas.

En el mueble de la tele hay una foto con su familia, cuando ella y su hermana eran muy, muy pequeñas, probablemente de la última vez que fueron felices los cuatro. El fantasma pasa el índice por el marco de la foto.

—¿Están muertos? —pregunta Aurora.

—Aún no, pero no os habláis desde tu salida del armario y posterior accidente con el coche—responde con la voz áspera—. Lo hicimos fatal. Todos. Tú huiste cuando comenzaste a verte con mujeres, y ellos no se acercaron tras el accidente. Y ahora nadie sabe cómo volver. Traemos loca a Cecilia.

Una pesada nube gris se instala sobre ellas hasta que el móvil de Aurora vuelve a sonar y de la nube sale un relámpago.

Aurora, segura de que será de nuevo la mujer, ni si quiera pausará la película. Pero al ver la imagen de su hermana en la pantalla los fideos chinos acabarán por el suelo.

—Oh, Dios mío.

❁

Aurora y su fantasma corren tras la Aurora del futuro por los pasillos de un hospital. La nube gris que todavía las acompaña emborrona su estela.

Se detienen por fin en la puerta de la habitación donde estará ingresada su madre.

—Aurora…

Cecilia correrá hacia ella en cuanto la vea aparecer. Acurrucada en su pecho, la mujer volverá a ser la hermana asustadiza y obediente que protegía Aurora en sus primeros años.

—¿Qué ha pasado?

—Era todo tan normal… Estaba preparando el cóctel de Nochevieja, dando órdenes sin parar, ya la conoces. Si advirtió algún dolor, no dijo nada. En un momento dado, la llamé y cuando se giró tenía toda la cara torcida y apenas podía vocalizar.

—¿Un ictus?

—Llamamos a la ambulancia, pero con los atascos, la nieve y las curvas de la carretera tardaron bastante en llegar. Los médicos no creen que lo supere.

Aurora y su fantasma son testigos mudos. El fantasma sigue roto, apenas han pasado unos minutos desde que ha vivido eso. Ha sido su rabia y su enfado consigo misma la que ha generado toda esa vorágine de viajes en el tiempo a la que ha sometido a su yo del pasado. Sólo desea que ver morir a su madre por segunda vez en poco tiempo merezca la pena.

Al entrar en la habitación, el padre de Aurora se pondrá de pie. Jamás lo vio así de compungido, de… humano. Se abrazarán. Su padre será incapaz de decir nada, pero sus lágrimas hablarán por él.

—Aún aguanta. Os dejo a solas —dirá limpiándose la cara con el dorso de la mano. Otro gesto inédito en él.

Aurora se acercará lentamente a la cama, donde su madre reposará con el maquillaje casi intacto, y le tomará la mano. La tibieza de su piel marcará la cuenta atrás.

—Madre… mamá —dirá Aurora sin poder contener las lágrimas.

Con un esfuerzo descomunal, su madre le apretará la mano.

—Cariño —dirá en un tono casi inaudible.

Aurora se acercará a su boca.

—Dime, mamá.

En su oído notará la respiración pesada de su madre que aprovechará el impulso de cada exhalación para hablar.

—Lo siento —dirá con una sufrida vocalización.

—Yo también lo siento, lo siento muchísimo. No debí huir de vosotros.

La mujer se llevará una mano al pecho entonando el *mea culpa*.

—Lo hemos hecho fatal —dirá Aurora hablando por las dos—. Y ahora es tarde.

El índice de la madre apuntará al pecho de su hija al tiempo que negará con la cabeza. "No es tarde para ti, hija mía", interpretará Aurora.

La hija se tumbará sobre su madre, dejándose mecer por su respiración, cada vez más fatigosa.

Aurora y el fantasma deben hacerse a un lado ante la entrada de Cecilia y su padre. Los tres acompañarán a la mujer en sus últimos momentos de vida, cuando, ayudada por la sedación, dará su último suspiro.

—Joder, fantasma, ¿por qué me haces esto? —pregunta Aurora sorbiéndose los mocos.

El fantasma arrastra a Aurora hacia el pasillo.

—Sólo quería mostrarte hacia dónde estás llevando tu vida.

—¿Me quieres decir que por rechazar a Érica mi madre morirá de un ictus a los 66 años?

—¡No seas tan corta de miras, Aurora!

La Aurora del futuro saldrá de la habitación y hará una llamada.

—¿Qué haces? —le pregunta Aurora al fantasma.

—Estoy llamando a la mujer a la que no le cogíamos las llamadas antes. Obviamente, nos mandará a la mierda.

La Aurora del futuro intentará explicarse por teléfono, pero todo lo que le vendrá a la cabeza será un "ahora que mi madre ha muerto, ya puedo salir con mujeres tranquilamente". Pero no dirá nada. Todas sus justificaciones le parecerán tristes y patéticas. Cansada de esperar, la mujer al otro lado del teléfono colgará.

La figura de Aurora quedará encorvada, con su cabeza sobre el móvil, con cara de tonta.

Desde su ángulo, la Aurora del presente ve la figura de espaldas y le parece ver que la masa beige que es ese cuerpo crece y crece.

Cuando se gira hacia ellas, ve el rostro enconado que ha salido hace unos minutos de su espejo del baño.

—Somos así de deplorables —dice el fantasma—. Viéndolo hacia

atrás, miro la cantidad de oportunidades que he tenido para vivir mi vida y cómo las he ido desechando por miedo, apatía, angustia o falta de autoestima. Ha sido desesperante. Y ahora es tarde para mí, por mucho que diga mi madre que no. Lo es, porque mi madre siempre va a estar ahí, viva o muerta, siempre voy a pensar que va a estar vigilándome, supervisando mi conducta. Es tarde porque tenemos su vida metida en el tuétano. ¡Su vida, no la nuestra! Por eso te he traído aquí. Tenemos que cambiar esto. No digo que mamá no vaya a morir de un ictus. Tampoco digo que Érica se convierta en el amor de nuestra vida. Sólo digo que vivas tu vida, ¡vivamos nuestra vida! Para que no lleguemos a los 43 siendo un saco de arrepentimientos.

El fantasma empuja a Aurora llena de rabia.

—¿Lo harás? ¿Vivirás tu vida sin importar lo que opine tu madre?

Los empujones se suceden, cada vez más violentos.

—Para, por favor.

—Dime, ¿lo harás? —insiste el fantasma con la cara hinchada.

A Aurora le cuesta mantener el equilibrio. El rostro es horrible, rojo y desencajado, y le cuesta verse reflejado en él.

—¿Vivirás nuestra vida?

—¿Y qué pasará con la hija de Érica? Si yo comienzo una relación con ella, la niña no nacerá.

El fantasma deja de empujarla un momento, contrariada por el giro del argumento de su yo del pasado.

—Puede que sí o puede que no. Lo que te puedo asegurar —dice volviendo a las embestidas— es que ya no serás la tía Aurora y pasarás a ser la mamá. Entonces… ¿Vivirás nuestra vida? Eh, eh, ¿lo harás? ¿Me harás ese favor?

El fantasma sigue empujándola, por un pasillo que no parece acabarse nunca.

—¿Qué Aurora quieres ser? ¿Qué vida quieres vivir: la tuya o la que te quieren imponer? ¿Vas a desperdiciar más oportunidades para ser feliz?

—¡No, no, nunca más! —grita Aurora con decisión.

El fantasma toma impulso y le da un último empujón con tanta fuerza que los pies de Aurora se levantan del suelo y esta cae.

Cuando su espalda toca algo sólido es en el sofá de su casa.

Es la Nochevieja de 2021.

Capítulo 5

Aurora está aturdida y agitada. La cabeza le da mil vueltas y le cuesta atrapar los pensamientos y sentimientos que la embargan. Sin embargo sabe que si deja pasar el tiempo a la espera de que estos se posen despacio, no tendrá la valentía suficiente para cruzar la puerta de su casa. Debe aprovechar el impulso de los empujones, esa rabia traspasada por su yo del futuro para hacer algo por una vez en su vida.

Pero hay un problema: a sus pies no lleva los tacones sino las pantuflas, y el vestido azul descansa sobre la cama. Se mira en el espejo del armario. Lleva la coleta mal hecha, el albornoz sobre el pijama y en su mano ha aparecido el cuenco de *noodles*. Como una última prueba de su determinación, debe cambiarse, peinarse y maquillarse de nuevo antes de ir a la fiesta.

Sus pies, pese a estar rodeados por el acolchado de las pantuflas, se hacen pesados y le cuestan moverse. Es difícil mover algo que lleva mucho tiempo inmóvil.

En ese momento, la cerraja de su puerta comienza a sonar con insistencia, como si alguien hubiera metido una llave y quisiera entrar. Pero, ¿quién? La única que tiene llaves de su casa es Susana y ahora mismo está en su propia fiesta de Nochevieja. Sea quien fuere quien esté detrás de la puerta, está nervioso porque no atina con la cerradura. Aurora camina lenta con sus pies de plomo hacia la entrada y abre la puerta.

—Tú… Yo… —dice al verse a sí misma delante de sus narices.

El personaje tiene su misma cara, sus mismas pecas, viste igual que ella, con el pijama y el albornoz, pero tiene manchas de hollín en las mejillas, algún rasguño y la coleta está más deshecha todavía

—Soy tu yo del presente. Bueno, de dentro de un par de horas —dice la presencia. Luego la coge por los hombros y la saca de casa mientras ella se queda dentro—. Ve a casa de Susana y busca a Érica. Todo va a ir bien. ¡De verdad! —dice con una estupenda sonrisa en la cara—. Pero sobre todo, sobre todo, esto es muy importante, escúchame, sobre todo no abráis la puerta a las 00:30h.

En cuanto acaba de hablar, le cierra la puerta de su casa en las narices y Aurora se queda fuera, igual de aturdida y agitada que antes.

❄

A lo que Aurora golpea con los nudillos la madera de su puerta, pero pronto se da cuenta de que no es la de su casa. Hay juerga al otro lado. Se escuchan cristales de copas, gente riendo y un clásico navideño de Tony Bennet. Aurora mira a su alrededor; el rellano es diferente, pero no desconocido. Acaba de llamar a la puerta de la casa de Susana y cuando se da cuenta, se espanta.

—Mierda, mierda, mierda…

Da vueltas al rellano mientras piensa.

—Vale. He llamado, pero puede que no me hayan escuchado con el jaleo que hay dentro —se dice a sí misma —Cuento hasta cinco y si no me abren, me voy. Así no será ya cosa mía, yo habré cumplido mi parte —dice—. Si no me abren es que tiene que ser así y punto.

Quedan pocos minutos para la medianoche.

Un nuevo año.

Una nueva oportunidad.

—Uno… dos…

Si le abren la puerta, claro.

—Tres…

Aurora quiere que le abran la puerta y poder entrar en calor y al segundo siguiente quiere marcharse y correr de vuelta a casa.

—Cuatro…

Aurora da un paso hacia atrás.

—¡Y cinco!

Aliviada, da media vuelta y enfila la escalera. Va tan lanzada que no se da cuenta de que la música se escucha de manera más nítida. Alguien la agarra por el brazo y le invita a entrar a la fiesta. Aurora no da crédito al ver de quién se trata.

—¡José Antonio!

—Entra en la fiesta. Me mola tu disfraz. ¿Es una referencia a Mister Scrooge? Aunque te falta el gorro —dice arrastrándola adentro mientras le muestra su estúpida sonrisa.

El calor que le invade al entrar le hace sentir que está donde debe estar. Sus pies van cogiendo temperatura y rodeada de tanta gente disfrazada ya no se siente tan ridícula.

Susana la mira desde el otro extremo del salón y se acerca a ella.

Está radiante con su atuendo de ayudante de Santa Claus, feliz por verla en su fiesta. Le abre los brazos y Aurora se refugia en su pecho.

—Todo va a ir bien —le dice en un susurro.

Aurora aspira su aroma.

—¿Dónde está?

—En el baño, creo —le responde su amiga.

Le señala la dirección que debe tomar con una mano y con la otra, por si acaso, la empuja hacia allí.

Aurora sortea a la gente que baila y canta como si el mundo se fuera acabar al dar las doce. Está a medio camino cuando el silencio se hace.

—¡Las uvas! —grita Ana, que reparte unas bolsas preparadas con los doce granos a cada uno de sus invitados.

—Toma, cariño —le ofrece a Aurora—. Y esta para Érica.

Ana le guiña un ojo y a Aurora le suben los colores.

Con un cono de uvas en cada mano, se dirige al baño y espera a que Érica salga.

En ese rincón de la vivienda, la luz es escasa, pero suficiente para distinguir formas, aunque Aurora le da igual, porque no levanta la mirada del suelo. Se mira sus zapatillas mientras el corazón le late a mil por hora.

Intenta no pensar en lo que va a hacer. Ya se lo ha dicho su fantasma del presente y se lo ha ratificado Susana: Todo va a ir bien.

—Todo va a ir bien —se dice a sí misma.

Se escucha el grifo correr y unos pasos acercándose a la puerta. El picaporte gira y la puerta se abre lentamente.

La luz todavía encendida del baño ilumina a Érica como si fuera una aparición.

—¡Aurora, has venido! —exclama con alegría.

Aurora permanece quieta, fascinada por la figura de la mujer. Érica tenía razón: va vestida como un regalo de Navidad. Lleva un vestido rojo drapeado en la cintura, con un escote de vértigo, la falda muy corta y un lazo rojo en la cabeza. De repente, tiene unas ganas tremendas de meter la mano por debajo de la falda.

—Érica, yo… —comienza a decir Aurora.

—¡Atentos al carrillón! —grita alguien en el salón.

Érica le coge el cono de uvas de la mano y hace amago de ir al

salón para reunirse con el resto, pero un brazo le rodea la cintura y le impide avanzar. Érica y Aurora miran el brazo. Aurora lo siente extraño pese a que esté envuelto en la tela de su propio albornoz.

—Van a dar las doce, Aurora —dice Érica.

Con una fuerza desconocida, que Aurora atribuye a la ayuda de todos sus fantasmas juntos, empuja a Érica suavemente contra la pared del pasillo.

Érica se pasa la lengua por los labios y los entreabre, preparada para lo que se viene. Y lo que se viene es un huracán. Aurora se lanza hacia su boca con toda la artillería pesada. La besa con una fuerza desbocada que sorprende a Érica pero que, una vez pilla el atrevido ritmo que ha marcado Aurora, consigue conectarse a él y disfrutarlo. Le agarra el cuello y la cintura y gira a Aurora hasta que es su espalda la que toca la pared. Empuja su cuerpo contra el de Aurora, que nota el peso de los pechos de Érica en los suyos.

Apenas escuchan a la gente celebrando la entrada del nuevo año. Aurora y Érica siguen jugando con sus lenguas sin dejarse respirar hasta que la falta de aliento las obliga a parar.

—Menudo beso, Aurora —dice Érica.

Aurora recupera poco a poco el ritmo de su respiración. Ahora que no tiene su lengua en la boca de Érica se muestra vergonzosa, con la mirada huidiza. Las palmas de las manos, hace unos segundos en el culo de Érica, se apoyan ahora en la pared.

—Es que en este beso iban todos los besos que no di —confiesa—. Todos los besos que he querido dar y no he dado por puro miedo.

Érica parece entenderla. Le retira un mechón suelto de la coleta y se lo coloca tras la oreja. Con la misma mano, le acaricia el labio inferior.

—¿Y qué besos son esos?

Aurora le da un tierno beso en la comisura de los labios.

—Este es el beso que no le di a Odette.

Le da otro beso más valiente, pero aún torpe.

—El beso a la monitoria del viaje de fin de curso.

Un último beso, dulce y apasionado a la vez.

—El de la camarera de la cafetería de la universidad que me regalaba bollitos con el café.

—Mmm, este me ha gustado. Parece que saboreo el azúcar.

Las dos mujeres, más relajadas, vuelven a engancharse en un

largo beso, sin prisa, pero sin pausa, como sabiendo que, por fin, tienen todo el tiempo del mundo.

—Oye, una cosa —interrumpe Aurora. Su dedo índice recorre el escote de Érica—. El día 5 cenamos con mis padres.

Los ojos de Érica se abren alarmados.

—Les vas a encantar. ¿Cómo verías cortarte el pelo y hacerte llamar Eric? —bromea Aurora.

—No pierdes el tiempo, ¿eh?

—Ya he perdido bastante tiempo en mi vida.

Esa frase es lo único que necesita Érica para decirle que sí, que sin problemas, que irá a la cena de Reyes a conocer a su familia, que cuanto antes sepan si conectan o no mejor. Y todo esto lo dice apoyada con una mano en la pared mientras la mira a los ojos con media sonrisa, como sabiendo ya que sí, que van a conectar, que serán una pareja feliz durante el tiempo que duren.

—Y hablando de no perder el tiempo… —dice Érica que dobla el codo para apoyarse a la pared junto a Aurora.

—¿Qué?

Érica se lleva la mano al drapeado del vestido y se acaricia la barriga.

—Ayer tuve la cita para la inseminación.

—¿Vas a ser mamá? —pregunta Aurora entusiasmada.

Érica afirma con la cabeza, intentando retener las lágrimas de la emoción.

—¡Enhorabuena, Érica! Espero que todo salga bien —dice Aurora mientras la abraza.

—¿No te supone un problema? De entrada, lo de salir con una mujer embarazada —pregunta Érica.

Cuando Aurora se separa de ella, tiene los ojos vidriosos.

—Para nada… Estoy encantada. Va a ser una niña estupenda. Ya lo verás.

—¿Cómo sabes que…? —quiere preguntar Érica, pero Aurora la besa antes de que acabe la frase.

Las dos mujeres se abrazan y ríen, incapaces de mantener los pies en el suelo.

—¿Lo hacemos oficial? —dice Susana desde el otro lado del pasillo.

Érica y Aurora le sonríen y lo certifican con un beso en los labios.

❄

Ahora sí, ahora todo está bien.

Aurora agarra con fuerza la mano de Érica, que le devuelve el apretón. Están frente a la casa de sus padres y acaban de bajar del coche. Esta vez con las cadenas puestas en las ruedas.

Están nerviosas, pero se sienten fuertes. Aurora le ha puesto al día de su familia, de su manera de vivir y de pensar, pero lo que antaño (y un futuro que ya no existe) le causaba terror y sudores fríos, ahora le da igual. Incluso, le parece divertido.

Sí, va a ser una noche de Reyes divertida.

—Vamos —dice Aurora.

Antes de llamar a la casa, Aurora echa un vistazo al jardín de los vecinos. La hija juega con sus hijos a tirarse bolas de nieve. La mira, se deja ver, se sonríen.

Les abre la puerta Clary que escanea la situación con cinco movimientos de cabeza: Aurora, Érica, manos enlazadas, Aurora, sonrisa.

—Bienvenida, mi niña —le dice cuando la abraza.

Las mujeres entran al salón, perfectamente decorado bajo las órdenes de su madre para una perfecta cena de Reyes con sus perfectas hijas.

Al oír la puerta, Cecilia se acerca a la entrada y no puede ocultar su sorpresa al ver a Aurora agarrada de la mano de una mujer. Avanza hasta ellas y tras la sorpresa inicial recuerda todas esas señales de su hermana que no vio y que ahora le empiezan a encajar, así que tiende la mano y saluda a la invitada.

—Eric, supongo —bromea.

Érica sonríe y entra en el juego.

—El mismo que viste y calza.

Al oír el nombre de Eric, el padre entra en escena. Al contrario que su hija pequeña, no le cambia el gesto al ver a la mujer que acompaña a Aurora. No reacciona. Simplemente, se queda parado a mitad de camino a la espera de que llegue su mujer y ponga orden.

La señora de la casa no tarda en aparecer. Tiene una botella de vino entre las manos, quejándose de que pidió expresamente un gran reserva y le han traído un crianza. Al ver a las dos mujeres cogidas de

la mano en su salón se detiene junto a su marido.

—Mamá, papá, ella es Érica, la persona de quien os hablé —dice Aurora.

—No, no, tú nos hablaste de un Eric —responde su madre con el mismo tono que pone justo antes de pedir la hoja de reclamaciones en un restaurante porque le han cobrado el crianza como un gran reserva.

—Érica, Eric… Qué más da, ¿no?

Al ver a su hija tan cómoda dentro de aquella muestra de libertinaje la madre no sabe cómo reaccionar. ¡Claro que da! Érica es una mujer. ¿Acaso no lo ve?

El padre da un paso al frente y pregunta:

—Entonces, lo de que tienes un fondo de inversión y trabajas en Nilsson&Nilsson también es mentira.

—No, eso es cierto —responde la propia Érica con orgullo.

—Ah, bien, bien —El padre se acerca por fin a Érica y le ofrece su mano. Cuando esta se la coge, el hombre tira de ella—. Tengo algunas dudas con mi cartera y me gustaría que echaras un ojo.

—¡Será posible! —se queja su madre cuando ve que se queda sola.

Aurora se acerca a ella y le acaricia los hombros.

—Y una última cosa, mamá —dice relamiéndose en las palabras que va a decir a continuación—. Érica está embarazada y yo seré la madre de esa niña así que tú serás su abuela.

Aurora sonríe divertida pero a su madre se le desencaja el gesto. No como un ictus, lo cual tranquiliza a su hija, pero sí como si algo se estuviera rompiendo en su interior.

El crianza se le escurre de las manos y a escasos centímetros de que estalle contra el suelo, el tiempo se para.

Último capítulo

En el hall de la casa está Cecilia mandándole un mensaje a su marido para que vaya cuando antes o se lo perderá todo, el padre que se lleva a Érica a su despacho, y Aurora frente a su madre.

La botella de vino sigue suspendida en el aire.

En la entrada también está la madre acompañada de una réplica suya pero más avejentada, con el mismo maquillaje y vestido que llevará el día que le de el ictus, en esa misma casa, pero once años después.

—No estamos orgullosas de lo que pasó después, ¿verdad? —dice el fantasma del futuro.

—Pero, ¿cómo se suponía que debía reaccionar? —pregunta la madre de Aurora.

—Lo has visto con tu fantasma del pasado y ya has visto lo que nos ocurrirá si seguimos obcecadas en una realidad que no existe. Sí, podemos culpar a la sofocante educación que nos impuso mamá, basada siempre en prejuicios, en el qué dirán, en guardar las apariencias mientras su matrimonio se desmoronaba, pero si Aurora ha podido hacerlo, si ella ha podido salir de la caverna en la que la habíamos metido, nosotras también podemos. Aún podemos ser felices.

—¿Y qué dirán en el club? ¿Qué dirán mis amigas?

—¡Ya has visto la alternativa! O hablarán de nosotras por alcohólicas o porque nuestra hija es… eso.

—Madre mía, yo alcohólica… ¡Qué vergüenza!

—Sopesemos —insiste el fantasma—: en una mano tenemos una muerte prematura por ictus, infelices ya no con nuestra hija, sino también con un matrimonio destrozado por el alcohol, y en la otra tenemos un ratito de vergüenza, pero una vida más feliz con tres nietos preciosos y un marido con una cartera abultadísima gracias a su nuera.

La madre da vueltas a sus pulseras con nerviosismo. Es difícil mirar a largo plazo cuando la vergüenza y el miedo te impiden ver más allá. Y eso que ella ha tenido el privilegio de ver más allá.

—Está bien. Estoy preparada. Seré encantadoramente acogedora con mi nuera.

—Bueno, tampoco nos pasemos, que sospecharán de que algo raro te pasa.

—¿Que vengan a verme mis fantasmas del pasado y del futuro no te parece lo suficientemente raro?

—Tienes razón, querida.

El fantasma gira y se pone frente a su yo del pasado.

—Que tengas unas estupendas fiestas y una vida muy feliz. Me lo debes. Te lo debes.

Cuando el fantasma se aparta, la madre se queda en la cocina. Se acerca a la caja de vinos y descubre con horror que son crianza y no gran reserva. Las voces de sus hijas en el salón apaciguan su enfado. Le traen recuerdos de cuando estas eran muy pequeñas y todavía celebraban las Navidades juntos. Hacía mucho tiempo de aquello, aunque ella lo hubiera revivido hacía escasos minutos.

Sí, definitivamente es el momento de retomar aquellos días.

❄❄

❄

Muchísimas gracias por descargar este relato. Espero que hayas disfrutado.

Tienes más historias como esta en nicoporfavor.com

Si tienes algún comentario, puedes hacérmelo llegar a mi cuenta de Twitter @nicoporfavor o al correo en hola@nicoporfavor.com La novela lésbica la escribimos entre todas :)

Por último, puedes apoyarme invitándome a un café simbólico por cualquiera de estas dos vías:

- Ko-Fi: ko-fi.com/nicoporfavor
- PayPal: paypal.me/nicoporfavor

ッ

Un abrazo,

¿Quieres más relatos y novelas como estel?
Escanea el código para conocer toda la bibliografía de A.M. Irún.

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5